

La nueva independencia: de la huerta urbana a la autonomía alimentaria

Nathaly Jiménez von Oertzen¹
Profesora e investigadora
Centro de Estudios Políticos e Internacionales CEPI
Universidad del Rosario
Bogotá-Colombia

Resumen

Este artículo busca animar una reflexión sobre la noción de *autonomía alimentaria* en el continente, concepto aún en construcción, que insiste en la producción local de alimentos, el fortalecimiento de las dinámicas de producción rurales y urbanas, y la corresponsabilidad de todos los ciudadanos en la solución a los problemas alimentarios. Como práctica socio-ambiental, permite visibilizar cómo las interacciones sociales cotidianas pueden ser una herramienta en la constitución de formas de trabajo político basadas en la recuperación de las semillas nativas y los saberes ancestrales. De esta manera, se hará visible iniciativas como “Sembrando Barrio” en Bogotá, Colombia, cuyo trabajo se centra en la recuperación de espacios para la siembra y la promoción de una acción política del bienestar en el país.

Palabras clave: autonomía alimentaria, semillas nativas, bienestar, ecología política, agro-ecología.

Abstract

This article seeks to encourage reflection on the notion of food self-sufficiency on the continent, a concept still under construction, which insists on local food production, the strengthening of the rural and urban dynamics of production and the responsibility of all citizens in the solution to food problems. As socio-environmental practice, can visualize how everyday social interactions can be a tool in the creation of forms of political work based on the recovery of native seeds and ancestral knowledge. In this way, visible initiatives like "Sembrando Barrio" in Bogotá, Colombia, whose work focuses on the recovery of areas for planting and promoting the welfare policy action in the country and the continent will be done.

Key words: food self-sufficiency, native seeds, welfare, Political ecology, agro-ecology.

¹ Este texto fue escrito con la colaboración de mi joven investigador Juan David Otálora.

Introducción

Las actuales dinámicas en América Latina, marcadas por conflictos socioambientales, modelos de economía de extracción y disposición de grandes extensiones de tierra para monocultivos, han hecho repensar, paulatinamente, el tema de los alimentos –su producción y distribución– como una de las problemáticas centrales de los gobiernos y las sociedades. En este sentido, reconocer la *autonomía alimentaria* como una solución alternativa a los efectos de la producción económica, implica abordar la cuestión de la *tierra* desde una aproximación pragmática y reflexiva donde la importancia de conectarse de nuevo con la tierra, aprender a cuidarla y preservar las semillas libres se convierte en el foco de atención de varios colectivos rurales y urbanos en Colombia.

El principal aporte de este artículo es el de entender que las interacciones sociales cotidianas pueden ser una herramienta en la constitución de formas de economía solidaria basadas en la recuperación de las semillas nativas y los saberes ancestrales y su integración en los espacios urbanos en aras de una producción agroecológica sostenible. Esta perspectiva permitirá visibilizar experiencias comunitarias en la gestión de problemas cotidianos, relacionados con la producción de alimentos libres de transformaciones genéticas, el reverdecimiento de los centros urbanos y la creación de una conciencia ambiental capaz de revertir algunas consecuencias del modelo económico imperante.

No hablaremos en términos de *luchas por la tierra* dentro de un marco de relaciones de poder, en la que se privilegia un análisis de confrontación entre un grupo que posee las condiciones de producción y distribución de alimentos y otro que se encuentra desposeído frente a estas; sino que por el contrario nos concentraremos en algunas iniciativas que han surgido para aminorar los efectos medioambientales a causa del crecimiento demográfico y la industrialización de las grandes ciudades del continente. Tal es el caso del colectivo “Sembrando Barrio”, un grupo que se ha encargado de la recuperación de espacios para la siembra orgánica y productiva en la ciudad de Bogotá.

El propósito del escrito es mostrar cómo el ejercicio de conciencia ambiental que constituye uno de los grandes desafíos para América Latina, puede erigirse como una alternativa en la comprensión de las relaciones sociales, abriendo un importante espacio de reflexión a propósito de los nuevos debates sobre ecología política en el continente (Leff, 2003). De esta forma, pensar en la producción e intercambio de alimentos en el ámbito urbano habla de las transformaciones graduales y la toma de posición de los actores frente a su realidad inmediata, avanzando hacia la construcción de lo que denominaremos *autonomía alimentaria*.

La consolidación de espacios de producción de alimentos orgánicos dentro de las grandes ciudades puede erigirse como una alternativa eficaz frente a los problemas de desabastecimiento por el que atraviesan algunos territorios en América Latina. Más allá de analizar las confrontaciones, las reivindicaciones o las luchas de los diversos actores por el

control o la independencia en la producción alimentaria, la apuesta del artículo es visibilizar cómo la creación de estos espacios alternativos constituyen formas de intervención política ciudadana que van más allá de las lógicas de poder tradicionales.

Contexto general

La globalización ha suscitado una serie de cambios profundos y diversos. Desde el intercambio cultural y económico hasta complejas variables sociopolíticas, este proceso de comunicación e interdependencia ha reconfigurado las relaciones entre el hombre y la naturaleza. En efecto, uno de esas transformaciones está vinculada con la producción y distribución de alimentos, constituyéndose como una de las preocupaciones fundamentales de Estados, organizaciones no gubernamentales (entre ellas grupos transnacionales) y poblaciones en general. Los alimentos son, desde esta perspectiva, fuente de constantes disputas: nuevas formas de hacer la guerra (Shiva, 2008), pues ciertas corporaciones se han apropiado de un aparato legal para limitar la diversidad en la producción alimentaria.

En este contexto, tan sólo “cinco empresas multinacionales [entre ellas Monsanto, Cargill y Dupont] controlan el 80% del comercio de alimentos internacional mientras que, paradójicamente, la mitad de las personas más pobres del mundo son pequeños productores o agricultores que producen el 70% de la alimentación mundial” (Toharia, 2014). De esta forma, los alimentos se han transformado en fuente de negocios, haciendo que su producción a gran escala genere importantes dividendos a un grupo reducido de corporaciones (Savich, 2007: 115), mientras sociedades enteras no tienen asegurado el acceso permanente a dichos suministros; estas “contradicciones surgen porque los nuevos espacios dinámicos de acumulación de capital terminan por generar excedentes que deben ser absorbidos a través de la expansión geográfica” (Harvey, 2004: 115). En otros términos, la gran cantidad de alimentos que se producen deben encontrar mercados que dinamicen su circulación, muchas veces en detrimento de las poblaciones productoras.

Así pues, múltiples efectos se han observado en este modelo de explotación entre los que se encuentran: la afectación de la fertilidad en grandes extensiones de tierra, la creación de semillas genéticamente modificadas, el uso de plaguicidas que contaminan ríos, y la disposición de enormes espacios para la producción de monocultivos (Martínez, 2006:25). De igual manera, los costos sociales han sido evidentes no sólo porque ciertas poblaciones han entrado en la lógica del mercado, convirtiéndose en empleados de un sistema inestable, sino que además muchas de las personas que participan en el proceso productivo no pueden consumir los alimentos justamente por los métodos de intercambio comercial en el marco de la globalización que obligan a la circulación de las mercancías, entre ellas, los alimentos.

En este escenario, la búsqueda de alternativas de producción, distribución y consumo de alimentos resulta fundamental en aras de la sostenibilidad ecológica y orgánica. La idea de una nueva independencia implica la generación de un compromiso en el que las personas entiendan la urgencia de implicarse y responsabilizarse como ciudadanos activos en la tarea de respetar, preservar y cuidar la tierra y el alimento. De este modo, escapando a la lógica de producción actual, algunos colectivos se han encargado de producir los alimentos en

espacios no convencionales, abriendo una importante alternativa para el autoconsumo y el comercio justo. Además de estas acciones concretas, diversas movilizaciones en el continente latinoamericano han evidenciado su descontento frente a las políticas del sistema alimentario mundial.

Las experiencias de Brasil, Argentina y Haití muestran cómo desde las organizaciones sociales se pueden implementar caminos para el control de las medidas adoptadas por los gobiernos. En el caso brasileño, “la agricultura familiar y campesina da cuenta del 78% de la producción de alimentos del país, pero sólo ocupa el 24% de las tierras agrícolas” (Zacune, 2012: 15). Este panorama refleja una acción directa por parte de distintos colectivos (destacándose el Movimiento de Trabajadores sin tierra en el Estado de Paraná) quienes buscan evitar la apropiación de tierras para monocultivos. En el caso de Argentina, “el 56% de la tierra cultivada tiene hoy soya transgénica, hecho que ha generado el desplazamiento de miles de productores” (Montes, 2014) pero al tiempo, la resistencia de varias figuras como Sofia Gatica (activista y ganadora del premio Goldman en 2012) cuya advertencia se dirige a las consecuencias que traen los agrotóxicos en los alimentos.

Finalmente, sólo para reseñar otra de las manifestaciones en Latinoamérica en contra de Monsanto está la protesta de 10.000 haitianos, en junio de 2010, liderada por el Movimiento Campesino Papaye (MPP) quienes exigieron soberanía alimentaria y el control local de las semillas. Uno de los líderes del movimiento calificó la ayuda de 400 toneladas de semillas genéticamente modificadas como “otro terremoto” (Zacune, 2012: 15). Estos son algunos casos que reflejan acciones directas en contra de la lógica de producción de alimentos actual y cuenta con diferentes grupos internacionales que trabajan a favor de esa causa. Sin embargo, más allá de las movilizaciones lo que interesa es analizar cómo las personas sin importar la confrontación frente a los grandes poderes económicos, pueden realizar manifestaciones concretas para generar el bienestar entre la población.

Por esa razón, el caso de “Sembrando Barrio” en Bogotá, es la muestra de un colectivo que se interesa por la búsqueda de alternativas en la producción orgánica de alimentos que, mediante la articulación de huertas urbanas propende por la búsqueda de la *autonomía alimentaria*. Como se ha mencionado este es un término en construcción por lo que se entenderá, de acuerdo a los planteamientos de José Emilio Otálora (2012) (integrante del Equipo Gestor de Autonomía Alimentaria en San Martín, Cesar, Colombia), como la capacidad de las personas de producir sus propios alimentos no teniendo que depender de actores externos para su promoción y distribución.

A esta perspectiva habría que adicionarle un elemento vital y es la funcionalidad de la agricultura como una responsabilidad de todos los ciudadanos. Dicho de otro modo, la *autonomía alimentaria* desdibuja las relaciones campo/ciudad y propone que en los grandes centros urbanos también se produzcan los alimentos con el fin de promover la responsabilidad en torno a los problemas que competen a la sociedad en su conjunto. Los alimentos desprovistos de transformaciones genéticas y la inclusión de nuevos actores en la producción y comercialización justa constituyen elementos centrales en la búsqueda de una nueva independencia.

Otra forma de democracia: redefiniendo los límites de la participación

Como ha quedado evidenciado la *autonomía alimentaria* es un concepto que insiste en la producción local de alimentos, el fortalecimiento de las dinámicas de producción rurales y urbanas y la corresponsabilidad de todos los ciudadanos en la solución a los problemas alimentarios. En este sentido, el hecho de transformar las dinámicas de apropiación sobre la tierra, adquirir conciencia respecto a la importancia de los alimentos y generar dinámicas para la comercialización justa de los productos, demanda la redefinición de la ética ciudadana, superando la vieja dicotomía gobernantes/ gobernados y reconociendo la existencia de manifestaciones que van “más allá del poder”. Encontrar en la practicidad de las circunstancias, acciones que buscan transformar al individuo ya no desde la apropiación de los recursos y relaciones de autoridad, sino a partir de la búsqueda de iniciativas cotidianas, es una forma diferente de entender la participación.

Justamente visibilizar estas muestras de respeto hacia la naturaleza y la búsqueda de herramientas para encontrar formas de economía solidaria, hacen pensar en un concepto de participación compleja que, de acuerdo con Pierre Rosanvallon (2007:36), incluye la democracia de expresión, implicación e intervención. La primera corresponde a la toma de palabra de la sociedad, es decir, a la manifestación de un sentimiento colectivo o la expresión de una reivindicación particular. En esta dirección, los grupos sociales tienen la capacidad de generar conceptos y acciones concretas en torno a situaciones que son percibidas como injustas o problemáticas.

La democracia de implicación “engloba el conjunto de los medios por los cuales los ciudadanos se ponen de acuerdo y se vinculan entre ellos para producir un mundo común” (Rosanvallon, 2007:36). La idea de que puede transformarse el espacio donde se vive o al menos convertirlo en lugar mejor, se configura como un mecanismo idóneo que suscita el compromiso por parte de los miembros de la comunidad. La importancia de generar principios que sustenten la base de la acción de las personas, constituye un ejercicio de crítica y reflexión continua sobre las cuestiones sociales. Cuando un grupo se implica de manera directa en la solución de algo que se percibe como problemático, en este caso, la ausencia de una autonomía respecto a la producción y distribución de alimentos, se obtiene el fortalecimiento de los lazos sociales y con ello la ampliación de las formas de participación que ya no se supeditan a asuntos electorales.

Finalmente, la tercera dimensión en la participación compleja es la intervención entendida como todas las formas de acción de las que dispone un grupo social para obtener los resultados que se proponen. Esta forma de acción política no necesariamente busca reconfigurar las relaciones de poder de una sociedad específica sino que pretende más bien influenciar las dinámicas de interacción para que las personas puedan participar de manera directa. Quiere decir que el ejercicio político supera la visión de una institución que ejerce, a través de un medio específico, una acción para solucionar un problema. Aquí es la misma comunidad quien propone las alternativas, formando nuevas reacciones y complementando, otra vez, la dimensión participativa que toda democracia requiere.

Por esta razón, la inclusión de múltiples sectores en la intervención de los asuntos prácticos de la sociedad permite transformar la visión que se tiene acerca de la participación. De ahí que, “el problema contemporáneo no es el de la pasividad, sino el de la *impolítica*, es decir la falta de aprehensión global de los problemas ligados a la organización de un mundo común” (Rosanvallon, 2007: 38). La ausencia de proyectos que permitan reunir a diversos grupos en torno a ideales comunes es la principal dificultad que afrontan las democracias de hoy. Por ello, colectivos como “Sembrando Barrio” resignifican la noción de participación al incluir la intervención de espacios públicos para la recuperación de los saberes ancestrales y las semillas nativas como herramientas de trabajo político, buscando reconocer en la *autonomía alimentaria* una nueva forma de relación social que implique, responsabilice y empodere a los ciudadanos con el futuro de su ciudad.

Desde la huerta orgánica: “Sembrando Barrio”

El colectivo ECO Sembrando Barrio nació en el año 2012 como una iniciativa ciudadana para desplegar y activar desde lo sensible, hábitos y hábitats de vida en comunidad empezando en la localidad de Teusaquillo de la ciudad de Bogotá. El objetivo del grupo es visibilizar y sensibilizar a los ciudadanos ante la situación de deterioro ambiental y del tejido social que se vive actualmente en el país. Así mismo, promueve temas como la importancia y conservación de las semillas nativas actualmente en vía de desaparecer, que son el legado de los pueblos ancestrales y de una transformación en el uso de la tierra tanto en los cultivos rurales como urbanos (Villamizar, 2014).

El colectivo impulsa prácticas ambientalmente saludables y ecológicas que pueden verse traducidas en tres acciones principales. La primera está relacionada con la soberanía alimentaria² y con el acceso a recursos inocuos. Facilita la obtención de semillas orgánicas y nativas para crear huertas tratadas con fertilizantes, abonos y pesticidas naturales a base de té de plantas, hidrolatos y purines, compost casero, tierra de hojas y manejo de microorganismos patógenos a través de la sinergia entre plantas, todo lo anterior contribuyendo a la buena salud del ser humano y a la conservación del medio ambiente.

Otra frente de acción tiene que ver con el manejo de basuras. Se insiste en la separación de desechos desde la fuente, el reciclaje, la reutilización de material aprovechable, la reducción y uso de desechos orgánicos como abono resultado del compostaje, fomentando así la conciencia frente al consumo responsable dentro de las comunidades. Este tipo de acciones tienen un impacto en la manera en cómo se disponen los residuos, generando un resultado positivo en las condiciones ambientales de ciertos sectores en Bogotá. Pero quizás lo más importante es el fortalecimiento del tejido social en la creación de una conciencia de cambio frente a los problemas de contaminación y cambio climático.

² En la Cumbre Mundial de la Alimentación convocada por la FAO en 1996, los movimientos sociales representados por Vía Campesina, dieron a conocer el concepto de soberanía alimentaria, comprendido como la capacidad de los pueblos de decidir lo que se produce y lo que se consume. (FAO, 1996).

Y el último componente de su quehacer está orientado a una agricultura sostenible que plantee un sistema económico basado en la cooperación, la solidaridad, el intercambio entre los habitantes de la comunidad, fortaleciendo también las economías locales ya existentes al crear nuevas plazas de trabajo (para los jóvenes y personas de tercera edad, principalmente). De esta forma, la producción e intercambio de alimentos y semillas nativas, constituye una actividad que escapa a las formas de institucionalización, generando nuevas alternativas de trabajo político que permiten la inclusión de diversos sectores y la adquisición de responsabilidad frente al futuro.

Las tres acciones se cristalizan en lo que han denominado las *huertas comunitarias orgánicas y ecológicas* construidas con la participación de las comunidades. Esto significa que a través de estas huertas se busca aumentar la implementación de una agro-ecología³ en los hogares y comunidades de la ciudad de Bogotá y la periferia semi-rural.

Se trata de una acción política del bienestar en la medida en que se entiende que este tipo de huertas son un espacio de encuentro de las personas donde se puede reforzar el tejido social existente, además que se convierte en un lugar de reconexión consigo mismo, con el otro y con la naturaleza. Por otra parte, es un espacio ideal para cultivar nuevos hábitos que se refieran a prácticas como la alimentación sana y equilibrada, la medicina natural a partir de plantas, el cuidado del agua y el suelo, entre otros. También puede ser aprovechada como un espacio pedagógico, donde los niños, jóvenes y adultos, además de aprender y comprender las profundas dinámicas de los ciclos de siembra y recolección o cosecha, las propiedades nutritivas y medicinales de las plantas, también pueden aprender de convivencia, trabajo en equipo, acciones solidarias y cooperativas (Villamizar, 2014).

Otros beneficios de las huertas urbanas, jardines verticales y techos verdes es la recuperación del aire en la ciudad, sobretodo en espacios donde la urbanización se ha dado de manera acelerada y desmedida dejando áreas de la ciudad sin parques, árboles y jardines suficientes para reunir la cantidad de CO₂ producido por el tráfico de carros y buses. De otro lado, ayuda en la salud anímica y mental de los habitantes al brindar lugares de relajación visual, olfativa, y un ambiente cada vez más sano y agradable.

El compromiso de ECO Sembrando Barrio manifiesta un grado de participación compleja cubriendo los tres componentes: a) La *expresión* desde el llamado al primer encuentro promovido por las redes (especialmente blog, twitter y Facebook) y en el que se manifiesta que: “esta iniciativa abierta, está dispuesta a ser construida entre todos y todas y tiene como horizonte poner en movimiento una red local de creación y de intercambio ciudadano en donde podamos hacer efectivas desde una perspectiva integral (mente-cuerpo-espíritu) y desde la creación compartida, formas de vida alternativas a las que se nos imponen”. (Eco,

³ Según Pierre Rabhi, agricultor y uno de los pioneros de la agro-ecología en Francia, este concepto debe entenderse como: “una respuesta a las necesidades de supervivencia respetando la vida sobre todas sus formas. Se trata de poner a la modernidad al servicio del proyecto humano: recrear estructuras humanas, revalorizar la microeconomía y el artesano, reconsiderar la organización del territorio, educar a la infancia con los valores de cooperación y de complementariedad, así como despertar la sensibilidad a la belleza y al respeto por la vida”. (Rabhi, 2008).

pasa la voz. Jornada de siembra colectiva, 2012); b) La *implicación* desde los espacios que multiplicados en la ciudad de Bogotá han venido construyendo una plataforma compartida de entendimiento, compromiso y permanencia en el trabajo de re-naturalizar las zonas grises en exceso y sensibilizar a las comunidades desde una ética del cuidado; y c) La *intervención* desde las acciones encaminadas a recrear y reproducir las huertas comunitarias, orgánicas y ecológicas en lo urbano, así como de sensibilización ambiental desde la siembra, el arte participativo y las economías creativas.

Hasta el momento, “Sembrando Barrio” ha ayudado a construir más de 50 espacios de siembra generando consciencia y compromiso desde una *autonomía alimentaria* en hogares y comunidades de Bogotá y sus alrededores. De las cuales varios son parte de una propuesta pedagógica en instituciones educativas como el Colegio distrital Palermo y Manuela Beltrán o en la Universidad Jorge Tadeo Lozano y la Universidad del Rosario. Han sido más de 25 jornadas de siembra en espacio público y, en colaboración con el programa de “Bogotá Humana” de la Alcaldía de Bogotá, se han adelantado varios proyectos de sensibilización en las comunidades vulnerables.

Más que insistir en luchar contra las políticas públicas del gobierno y de los organismos internacionales, su objetivo es influir con prácticas saludables y ecológicas, en la comprensión y disposición, por parte de todos los sectores implicados, de lo que una acción simple como sembrar puede convertirse en una clara manifestación de autonomía alimentaria en el país: “lo que nos interesa es hacer y trabajar con la comunidad. La siembra y la huerta es una herramienta dinamizadora de encuentros y transformación de hábitos” (Villamizar, 2015). Esa *acción política del bienestar* se traduce en la construcción de escenarios en los cuales cada familia y comunidad local consume en prioridad y mayoría lo que produce, que conserve y recupere sus semillas nativas y locales, que tenga una producción agroecológica, diversificada, integrada con tecnologías apropiadas técnica y culturalmente, comunidades en las que se dé el trueque, que sean los primeros “transformadores” de sus productos y que sus excedentes sirvan para abastecer, si es el caso, a otros mercados cercanos favoreciendo la comercialización directa sin intermediarios (Perret & Zúñiga, 2011).

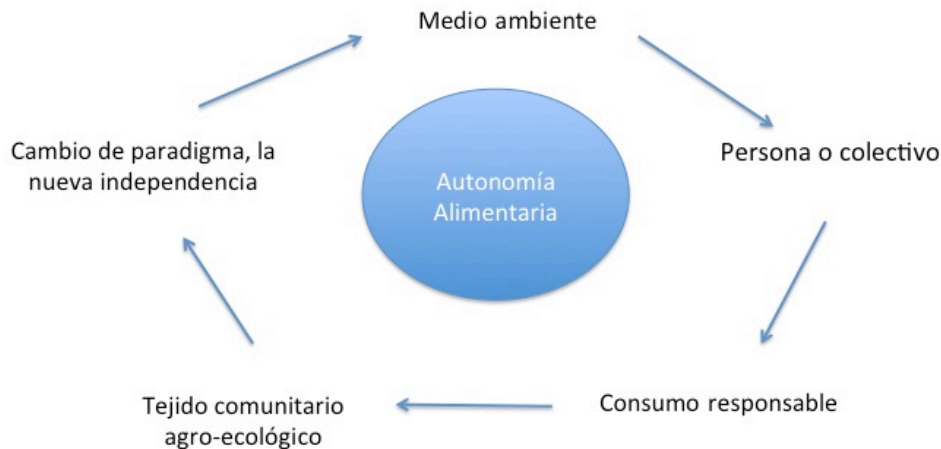
Este colectivo es el pionero en la ciudad de Bogotá de la construcción de huertas como enclaves de esa autonomía alimentaria que se busca generar. Han tenido el inconveniente de no poder instalarlas en el espacio público debido a una legislación que prohíbe la construcción de huertas en esas zonas. Lo que produce una paradoja y es que al hacer las jornadas de sensibilización y semilleros en el espacio público las personas terminan llevándose las plántulas o semillas a sus hogares. Esto incentiva claramente la práctica de la autonomía alimentaria desde la casa y estimula las iniciativas posteriormente para construir huertas comunitarias en espacio privados.

Pese a las dificultades que puede presentar la legislación colombiana en estos temas, la acción política del bienestar pasa por dispositivos no necesariamente procedimentales conocidos por la política formal tradicional, sino que activa mecanismos alternativos de incidencia, conciencia y compromiso desde las acciones cotidianas de las personas.

Conclusiones

Una nueva independencia desde las iniciativas agro-ecológicas, apunta a generar un aprovechamiento de los residuos orgánicos, a no depender de los insumos químicos, a darle un valor agregado al reconocimiento y transmisión de los saberes ancestrales, a fortalecer el tejido social (interacciones entre distintas poblaciones), reducir los costos de transporte y por ende disminución de consumo energético, e impulsar un programa de re-naturalización de la ciudad (recuperación de espacios baldíos), todo lo anterior acompañando del desarrollo de una nueva conciencia y compromiso frente a las problemáticas medioambientales.

Intentar establecer la relación constitutiva entre el mantenimiento de una huerta orgánica, con el componente agro-ecológico activo y una manifestación tangible de la *autonomía alimentaria*, implica contener una dinámica de la siguiente forma:



La autonomía alimentaria se construye desde el momento en que cada persona toma conciencia del respeto que debe tener para con el medio ambiente y lo importante que es tener conocimiento de dónde viene el alimento que consume. Asumiendo el compromiso de un consumo responsable, un tejido comunitario se hace indispensable para instalar prácticas donde se cuide de si mismo, del otro y de la tierra (agro-ecología). Cultivar esas prácticas de manera consecuente y constante permite asumir una acción política de bienestar que alimente una nueva independencia sobre todo en países que siguen siendo identificados con bajos niveles de desarrollo según el sistema económico actual. Independizarse de la manera en la que se ha asumido el compromiso con la tierra, del tratamiento que se le ha dado y de las formas posibles de cohabitar en ella, es la apuesta mayor hoy de los países latinoamericanos.

En esta dirección, colectivos como “Sembrando Barrio” se han erigido como verdaderas alternativas en la búsqueda de escenarios cuyo trabajo se dirige a transformar el paradigma

de producción y distribución de alimentos. Su labor se orienta a crear espacios de conciencia ambiental en el que las comunidades son las protagonistas de esos cambios, responsabilizando a cada ciudadano del destino de los espacios que transita y proponiendo soluciones concretas frente a los problemas ambientales y de desabastecimiento.

La nueva participación que amplía la perspectiva democrática en formas de expresión, implicación e intervención dota a los grupos de funciones que superan las maneras tradicionales de influenciar el poder. No se busca, por tanto, transformar una política pública, recaudar fondos de un programa del gobierno o establecer alianzas con líderes o grupos de presión; se trata más bien de hacer partícipe a la comunidad de las herramientas que dispone para cambiar progresivamente las condiciones del entorno. Todas estas iniciativas tienen como propósito fortalecer la participación social en la búsqueda de compromisos que permitan visibilizar la importancia de la agroecología y la *autonomía alimentaria* como estrategias de superación (o al menos atenuación) del modelo de producción industrial.

Si las familias, comunidades y grupos sociales se involucran en el cambio de las dinámicas alimentarias por medio de la producción orgánica, el intercambio justo y el respeto por la naturaleza (incluyendo la reutilización de desechos y el reverdecimiento de las ciudades), es posible encontrar una vía para hallar la nueva independencia frente a las lógicas de comercialización. De acuerdo a lo anterior, la *autonomía alimentaria* tiene que ver no sólo con el consumo responsable y la disposición de espacios (no convencionales) para la siembra, sino además con la apropiación de una idea de auto sostenimiento que involucre y responsabilice a diversos sectores dentro de la ciudad y el campo.

Por esta razón, el colectivo “Sembrando Barrio” es una muestra precisa de cómo la siembra de alimentos desprovistos de cambios genéticos y el aprovechamiento de residuos para la elaboración de cultivos sostenibles, puede constituirse como una forma de relación social profunda y directa en la medida que las personas adquieren el compromiso frente a los desafíos que suscita el cambio climático y la contaminación. En esa medida, plantear soluciones a estas problemáticas requiere un ejercicio de reflexión, permitiendo repensar constantemente el modelo productivo de alimentos. Con la implicación de los ciudadanos en la producción, comercialización justa e intercambio de semillas nativas se llegará a un proceso de independencia que asegure, la mayoría del tiempo, la presencia de alimentos para las poblaciones del continente y el mundo.

Bibliografía

Cyril Perret y Zorany Zúñiga Vega (2011) “¿seguridad, soberanía o autonomía alimentaria?” Disponible en <https://cyrilperret.wordpress.com/2011/12/02/seguridad-soberania-o-autonomia-alimentaria/> (visitada el 9 de marzo de 2015)

Food and Agriculture Organization of United Nations. FAO (1996) Cumbre Mundial de la Alimentación, Roma. Disponible en http://www.fao.org/wfs/index_es.ht (visitada el 9 de marzo de 2015)

Harvey, David (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.

Leff, Enrique (2003). “La ecología política en América Latina: un campo en construcción”. *Sociedade e Estado*, Vol. 18, No. 1, pp. 17-40.

Martínez, Róger (2006). “Los transgénicos: mitos y realidades”. *Revista de Ciencias Sociales*, Vol. 112, No. 1, pp. 23-36.

Montes, Pamela (2014). “Cómo un pueblo argentino lucha contra el gigante Monsanto”. *El Comercio*, 27 de mayo, *Ciencias*. Disponible en <http://elcomercio.pe/ciencias/planeta/como-pueblo-argentino-lucha-contra-gigante-monsanto-noticia-1731879>

Otálora, José (2012). ¿Qué es la autonomía alimentaria? *Obusinga (Corporación para la construcción participativa de la salud pública)*. Disponible en <http://www.obusinga.com/index.php/blog/14-blogs-personales/60-toda-familia-campesina-debe-manejar-su-autonomia-alimentaria> (visitada el 11 de marzo de 2015)

Rabhi, Pierre (2008) *Manifeste pour la Terre et l'humanisme: Pour une insurrection des consciences*. Paris: Actes Sud.

Rosanvallon, Pierre (2007). *La Contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.

Savich, Jason (2007). “Monsanto V. Scruggs: The Negative Impact of Patent Exhaustion on Self-Replicating Technology”. *Berkeley Technology Law Journal*, No. 115, pp. 115-135.

Sembrando Barrio (2012) “Eco, pasa la voz. Jornada de siembra colectiva” Disponible en <http://ciberciudadanias.blogspot.com/2012/05/ecopasa-la-voz-jornada-de-siembra.html> (visitada el 2 de marzo de 2015)

Shiva, Vandana (2008). *Las nuevas guerras de la globalización. Semillas, agua y formas de vida*. Madrid: Popular, S.A.

Shiva, Vandana (2003). *Cosecha robada. El secuestro del suministro mundial de alimentos*. Barcelona: Paidós Ibérica, S.A.

Toharia, Mar (2014). “Ciudades comestibles”. *El País, noviembre 17, blogs planeta futuro*. Disponible en <http://blogs.elpais.com/seres-urbanos/2014/11/ciudades-comestibles.html>

Villamizar, Catalina (2014) “Documento de Investigación”, Universidad del Rosario, Colombia.

Villamizar, Catalina, (2015) Entrevista, gestora urbana del Colectivo Sembrando Barrio.

Zacune, Joseph (2012). “Lucha contra Monsanto: Resistencia de los movimientos de base al poder empresarial del agronegocio en la era de la ‘economía verde’ y un clima cambiante” Disponible en <http://www.viacampesina.org/downloads/pdf/sp/Monsanto-Publication-ES-Final-Version.pdf> (visitada el 9 de marzo de 2015).